

ANTE EL DÍA DE LA ELIMINACIÓN DE LA DISCRIMINACIÓN RACIAL

periodo tan crítico como es la adolescencia, lógicamente, va a suscitar problemas y complicaciones que hay que abordar”, sostiene Gorka Moreno, director del Observatorio Vasco de la Inmigración, Ikuspegi.

Jeferson todavía es un mocoso, pero durante la ausencia de su madre se operaron muchos cambios. Dejó de verla con cuatro años y ahora tiene siete. “En el reencontro, en un principio, descubres que tu hijo no tiene confianza en ti, y la verdad es que hace falta mucho esfuerzo y amor para recuperar el tiempo perdido”, admite Oviedo, que acaba de recoger a sus hijos en la Ikastola Amara Berri de Donostia.

La madre se felicita de que, transcurridos unos meses, hayan llegado “por fin las caricias”. Se muestra orgullosa por ello mientras recibe un cálido beso de Fabrizio Osorio, el mayor de sus hijos, de once años.

“No, no es fácil recomponer todo ello”, concede Sonia Rodríguez, de 44 años. Como en otros episodios similares, su planteamiento inicial pasaba por permanecer en Gipuzkoa un par de años y al final transcurrieron cuatro sin ver a sus chicas.

La hondureña se dio cuenta de que no estaba preparada para regresar a su país, y lo apostó todo por el reencontro con sus hijas en el territorio. “Llegó un momento en el que ya no podía vivir sin ellas. No podía más. Si ahora mismo no estuviera con ellas, no sé qué sería de mí”.

Así, habló con el padre de las crías y, aunque hubo una serie de pegas iniciales, consiguió el permiso para sacarlas del país. “Incluso él mismo me ayudó a preparar la documentación”, dice agradecida. La hijas llegaron a

Gipuzkoa hace dos años. Andrea ha cumplido ya trece años, y Natalia tiene once. “Antes de que vinieran hice un planteamiento muy serio. Me había pasado años trabajando en el servicio doméstico sin más ambición que ganar dinero. Pero llega un momento en tu vida en el que te planteas que no todo es dinero, que hay cosas más importantes más allá de las monetarias”.

A CUESTAS CON EL EUSKERA Bloqueadas y tristes Cuestión de tiempo

Así, sus hijas acabaron llegando a Gipuzkoa desde Honduras en enero de 2013. “Al principio costó un poco, tanto desde el punto de vista emocional como formativo. Entre otras cosas, se tuvieron que adaptar al euskera. Al principio les hablaban y no se enteraban de nada, pero con el paso del tiempo han ido aprendiendo”. El aspecto

“Me preguntó si yo era su madre definitiva o iba a venir una nueva. Aquello me dolió en el alma”

ROSA OVIEDO
Ha reagrupado a sus hijos de 7 y 11 años

“Les decía que hay que hacer un esfuerzo de adaptación; a mí también me costó hacerlo”

SONIA RODRÍGUEZ
Ha reagrupado a sus hijas de 11 y 13 años

emocional ha costado tanto o más. “Al principio les veía un poco bloqueadas, tristes, algo que me acababa afectando. La mayor no me daba ningún abrazo, y me di cuenta de que tenía que tener con ella mucha paciencia. Quería que se acercara más a mí, pero sabía que no podían forzarse las cosas. El cariño es algo que nace, y era cuestión de tiempo”.

Sonia ha intentado no ceder a los momentos de debilidad. “Les decía que hay que hacer un esfuerzo. Les decía que a mí también me costó adaptarme, y que ellas contaban con la fuerza de la juventud. Hoy es el día que las dos hablan euskera, y están muy contentas con el colegio”. La hondureña se muestra convencida de que su apuesta por traer a las hijas ha merecido la pena.

También Rosa Oviedo se siente más que satisfecha, aunque se vio obligada a dejar el trabajo en la hostelería y comenzar en el servicio doméstico para adaptarse a los horarios de los chavales. “Cuando di el paso de traerlos, lo que no tenía ningún sentido era que vinieran para seguir desaparecida como había ocurrido hasta entonces. No los he traído para que estén solos. La verdad es que ahora no paro, pero al menos puedo seguir de cerca su día a día”, explica la madre.

Fabrizio ya no es un crío, y Jeferson también va para arriba. “Entre nosotros hemos hablado mucho de por qué me fui. Ellos hasta ahora no sabían el verdadero motivo. En realidad, yo no estaba bien con mi pareja, a lo que se añadía la falta de trabajo. Inicialmente no me los pude traer, y por eso hice una apuesta decidida por superarme y ganar un dinero antes de que llegaran. El esfuerzo ha merecido la pena”. ●

Gorka Moreno

DIRECTOR DEL OBSERVATORIO VASCO DE LA INMIGRACIÓN

“Nos jugamos una adecuada integración de estas generaciones”

El director del Observatorio Vasco de la Inmigración, Gorka Moreno, subraya que “la única opción de futuro pasa por saber gestionar la diversidad”



DONOSTIA – ¿Es un ejercicio de supervivencia el de familias de inmigrantes que han apostado por continuar aquí a pesar de la crisis?

–En algunos sectores sí que se están dando estrategias de supervivencia. La gente aguanta el chaparrón para colocarse en la mejor situación.

¿Tiene constancia del número de familias que ha podido marcharse?

–No existe un dato fiable. Podemos hacer algunas estimaciones con las estadísticas de variaciones residenciales, que recogen las bajas que se están dando en el padrón. Lo que ocurre es que cuando un inmigrante retorna, no se da de baja en el padrón. Por tanto, no me atrevería a dar una cifra. El retorno ha aumentado con respecto a la época de bonanza económica, pero no con un carácter masivo.

No ha habido esa espantada que auguraban algunos sectores...

–No se está dando ni mucho menos. Volver a un país que no ofrece grandes expectativas no es precisamente atractivo. Además, la vuelta supondría dificultades para poder regresar aquí de nuevo. Tampoco podemos olvidar que muchas familias inmigrantes llevan aquí una década, han tenido sus hijos aquí y, al margen de las dificultades, todo ello enraíza.

¿Qué escenario social imagina en tres décadas?

–Nos vamos a encontrar una sociedad diversa, como ya la estamos viendo. En el País Vasco, en torno al 20% de los niños y niñas de 0 a 4 años tienen a ambos padres o a uno de ellos nacidos en el extranjero. Eso es lo que viene. Vamos a tener personas de 35 años, con un origen cultural y étnico diferente al nuestro. Habrán pasado por el sistema educativo y, dependiendo de cuál haya sido su inserción, tendrán una mejor o peor ubicación dentro del mercado laboral. Es lo que nos estamos jugando en estos momentos, una adecuada integración de estas segundas generaciones o, por el contrario, que nos encontremos con dificultades como las que se han podido dar en Francia durante los últimos años. La opción no es diversidad sí o

no. La única opción es saber gestionar esa diversidad.

Los datos no parecen convencer a quien piensa que los inmigrantes siguen llegando de forma incontrolada.

–Está el plano racional, y el de las tripas. Hay quien no quiere que haya inmigrantes y, en ese sentido, le dan igual los datos. Hay gente a la que un solo inmigrante ya le parece mucho. Tienen una perspectiva que no se ajusta a la realidad, y difícilmente va a poder ser contrarrestada. No hay diálogo posible en ese sentido. Lo que está claro es que llegan inmigrantes, pero también se van muchos y, en ese sentido, está descendiendo el saldo total. Para nada pueden compararse los flujos actuales con los de hace unos años.

¿Hasta qué punto influye en la opinión pública el discurso político sobre la inmigración?

–Influye mucho. La clase política es clave para que esos estereotipos y prejuicios no se conviertan en actitudes, que no se pase del prejuicio al comportamiento. La clase política debe ser el garante de que no se creen discursos xenófobos ni espacios de impunidad. Lo que hemos visto durante los últimos meses es cómo un político ha activado un discurso político con una serie de objetivos, lo que ha creado nuevos espacios de impunidad. Es como si la gente a partir de ahí viera que existe barra libre para los discursos más reacios a la inmigración. Del mismo modo, hemos visto cómo el resto de partidos no han estado dispuestos a ampliar esos espacios de impunidad, estableciendo un cordón sanitario respecto a este discurso.

La precampaña política no sé si ayuda mucho...

–Lo mejor es que pase el periodo electoral para serenarnos un poco. – Jorge Napal



Sonia Rodríguez en su domicilio junto a su hija Natalia, de once años. Foto: Ruben Plaza